

Agustín Yáñez:

Ángeles y demonios

Jorge Esquinca

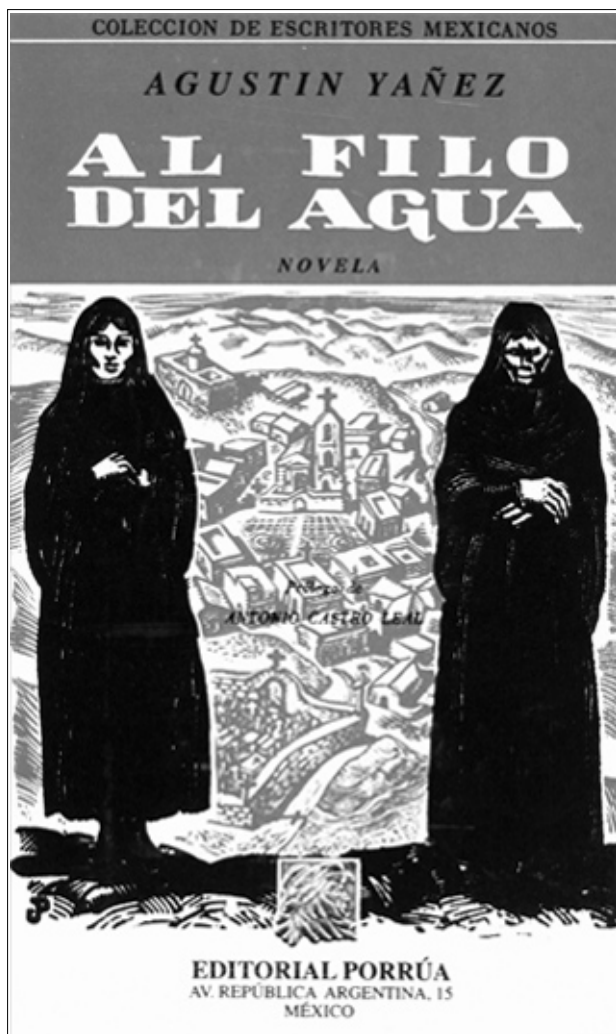
En este ensayo, que forma parte del libro Breve catálogo de fuerzas y que este año comenzará a circular con el sello de Bonobos Editores, el poeta y ensayista Jorge Esquinca diserta sobre las figuras femeninas en la obra de Agustín Yáñez, en particular, la de Victoria, de Al filo del agua, y su importancia capital en la descripción poética femenina dentro del universo literario mexicano.

A Fernando del Paso

1

Hacia el final del *Banquete*, Sócrates evoca la figura de una mujer, “sabia en estos y muchos otros temas”, Diótima de Mantinea. Antes de compartir con los demás comensales el discurso sobre Eros que un día escuchó de labios de esta mujer, el filósofo afirma: “Ella fue precisamente quien me instruyó también a mí en las cosas del amor”. Nada se sabe de esta mujer y desde la Antigüedad se discute si existió realmente o si se trata de un personaje imaginado por Platón. En todo caso, lo que verdaderamente importa son las ideas que expresa, por boca del filósofo, en las páginas del Diálogo. Con lucidez, con seguridad, Diótima alecciona a Sócrates en la compleja materia del amor. Ella habla con largueza y él responde, o interroga, con discreción. Le dice, entre otras cosas, que el amor “no es en todo inmortal según su naturaleza, ni en todo mortal” y que “muchas veces en un mismo día germina y vive”, para concluir afirmando que la andadura del amor avanza por un camino intermedio, entre sabiduría e ignorancia.

El nombre de esta mujer excepcional reaparece en las páginas de *La creación*, la novela que Agustín Yáñez publica en 1959, como una suerte de colofón a su obra maestra, *Al filo del agua*, que data de 1947. Diótima es aquí el otro nombre o, mejor dicho, el nombre en el que bien podrían fundirse todos, los numerosos, diversos, desdichados, bienaventurados, angélicos y demoniacos nombres de las mujeres que habitan su obra. Unas líneas de su relato “Oriana”, lo expresan con mayor precisión: “Alma de laberinto. Esfinge de inasible fisonomía. Dueña de cien rostros, de mil gestos contradictorios. Mujer múltiple, siempre desconocida. No ayer la de hoy, ni hoy la de mañana. Gozo inicial, precario, de vivir en ella muchas almas: placer y peligro de la sorpresa constante, de las actitudes perdidas, de los hallazgos inesperados”. O quizás, una sola mujer de rostros sucesivos. Diótima, la extranjera, encarna de una manera más acusada, en Victoria, la hermosa forastera que, en *Al filo del agua*, habrá de trastornar con su presencia la vida y el destino de todo ser vulnerable a su contacto; una belleza que, en palabras de Rainer Maria Rilke, es apenas el comienzo de lo



Agustín Yáñez

terrible. Terrible porque tras la evidencia de su aparición se agazapa la sustancia de algo que está más allá de lo decible y a lo que será imposible sustraerse: el fulgor —paraíso e infierno simultáneos— de una revelación.

“No ayer la de hoy, ni hoy la de mañana”. Un primer atisbo, un inicial vislumbre de esta figura lo encontramos en uno de los relatos que componen un volumen entrañable: *Flor de juegos antiguos*. Se trata de uno de los primeros libros a los que Agustín Yáñez reconoce haber escrito con un sentido orgánico, en el que cada una de sus partes cumple con una función específica. Pero hay algo más, Yáñez se reconoce en el niño protagonista, a la vez heroico y medroso, que a lo largo de los cuentos, de los juegos y las fábulas, de las canciones y las rondas asiste sin saberlo al despertar de su propia sensualidad y se deja arrastrar por la vorágine, entre una infancia que atesora y una pubertad que lo asalta con más sombras que luces. Así, entre la fiebre de la enfermedad y la fiebre del deseo naciente, exclama: “Comprendí, creí comprender lo que no comprendía, pero luego se me olvidó otra vez, se me ha olvidado lo que quise entender: por qué siempre el monstruo contra la niña; qué quería; qué hacía. No sé. Me desespero. Hay algo oculto”. Las niñas de estos cuentos son siempre más sabias. Son, por excelencia, las depositarias de aquello

oculto que las vuelve a la vez inasibles y deseables. Ante ellas, diversas emociones se congregan: candor, irritación, temor, vergüenza, arrojos de una valentía primitiva, conjeturas de una ternura insospechada... “Un ardor, un temblor, unas ansias”, en palabras del joven protagonista. Niñas que parecen habitar siempre un mundo más vasto, más intenso y a la vez más secreto, escondido tras un velo que se antoja inexpugnable. Un mundo rodeado de misterios. Misterios que comienzan por sus nombres, en los que Yáñez se demora como ante una rara fruta o una pieza de música: María de la Consolación, María de los Ángeles, María Rosa; Astrid, Esperanza, Victoria... Una niña, una mujer comienzan por un nombre que es en sí mismo la encarnación de una realidad que se entreabre y permite vislumbrar toda la fuerza de una existencia más poderosa. No le abandonará.

2

Jorge Luis Borges nos ha hecho pensar en la posibilidad de que Dante hubiese escrito los noventa y nueve cantos de la *Divina Comedia* para deslizar en unas cuantas ocasiones el nombre de Beatriz. A veces me parece, aunque quizás exagero, que Agustín Yáñez tramó su

vasto proyecto narrativo para dejar plasmados, entre la multiplicidad de sus relatos y novelas, los retratos de las mujeres reales e imaginarias que amó y que dejaron en él una huella indeleble.

De acuerdo con sus lectores más agudos, pienso en Guillermo García Oropeza, me parece justo señalar que a Agustín Yáñez le debemos algunos de los más felices, de los más perfectos retratos de mujeres con los que cuenta nuestra literatura. Pocos proyectos narrativos, tan ambiciosos como el suyo, habían encontrado entonces momentos de mayor tensión, de enérgica prosodia, en el abordaje de los pormenores que configuran el aspecto más visible y, al mismo tiempo, el alma insondable de una mujer. Tendríamos que esperar la llegada de otros dos escritores de amplios ciclos, que en otra tesitura, en otro de los extremos de la voluntad narrativa —pero con una muy semejante fascinación ante sus modelos femeninos— alcanzan también esta alta vigilia, me refiero a Fernando del Paso y a Juan García Ponce.

Nada se le escapa a Yáñez: el ritmo de un taconeo y la forma del zapato, el pliegue del vestido, el roce de una capa, la colocación de un sombrero; el distraído mohín, el gesto enérgico, la forma de una mano; la turgen- cia de unos senos, el contorno de los muslos, las inflexiones de la voz; el sesgo de la mirada, los destellos mil veces matizados en el iris de unos ojos; las reticencias, los silencios manifiestos, la caída en apariencia inofensiva de un mechón de cabello dorado o azabache... *Archipiélago de mujeres*, conjunto de islas en el mar de la literatura mexicana, vuelven a encarnar, transformadas, a sus modelos ejemplares. Escuchemos sus nombres: Alda, Melibea, Endrina, Desdémona, Oriana, Isolda, Inés. “Mujer múltiple, siempre desconocida”, escribe Yáñez, como si de antemano supiera que se trataba de abordar una empresa poco menos que imposible, como si supiera que en esa empresa tendría que perderse para salvarse. Pero oigámoslo, entre la geografía puntual de este *Archipiélago*, describir el movimiento de su propia mirada, al descubrir a Desdémona: “unos pies perfectos, de cuyo calzado —justo— emergían las líneas de alto empeine y el arranque suntuoso de las piernas; no esperó el alma nuevas prendas de los sentidos, antes corrió tras ellos, veloz más que la luz, y así lo llevaron los ojos por el espléndido camino de los muslos, la cadera y los senos, hasta las manos —alada rima de la voz—, la frente y las pupilas, en que su espíritu, asomándose, consumaba el prodigio de la armonía total”. Alma y mirada se identifican y corren parejas. Quién podría pasar por alto este espléndido hallazgo: las manos de una mujer que al moverse difunden un eco, establecen una consonancia con las palabras que dictan unos labios: las manos, *alada rima de la voz*.

Daré un ejemplo más, entre tantos, que proporciona este islario. Es, dentro del conjunto, uno de mis rela-

tos favoritos: “Melibea o la revelación”. Revisión y metamorfosis de la clásica tragicomedia. Dice Calixto: “Sí, era la voz de Melibea, en cuyo viento silencioso el azoro lograba oírse”. Nuevamente una voz, como un soplo callado que se oye. El desconcierto, el pasmo, concentrados en el aire, en la respiración que transmite el sonido de aquello que no puede decirse.

3

“Victoria, de ojos verdes, como estatua de ángel o mujer de París, tuvo ahora el capricho de querer jugar con nosotros a media calle y nos dijo que jugáramos a las guerras”. Así aparece por vez primera este nombre en el libro de la infancia, en la *Flor de juegos*, y así la miran los ojos de Yáñez-niño. Su influjo volverá. Llega, muchos años después, al pueblo de mujeres enlutadas y se instala ahí como una exhalación: es la extranjera, la forastera, la señora, la dama, la enigmática Victoria. Marta y María, Micaela y Mercedes son los nombres que conforman la antesala de su aparición en un pueblo que se sofoca y sobrevive respirando a pausas. Como un viento nuevo, Victoria llega hecha mujer al pueblo en que las mujeres visten de negro. No puede, aunque quisiera, pasar desapercibida. Es la belleza que con sólo ser se impone, trastorna la ignorancia de los humildes, subleva el escaso saber de los creyentes. Nada pide, nada ignora, le basta con ser. Y, sin embargo, un día, las campanas. En ese pueblo en el que pasa casi nada, y en el que todo, a tientas, en subterráneo cóncavo, sucede. Alguien, allá en lo alto, toca las campanas... Uno de los prodigios de una novela como *Al filo del agua* reside, precisamente, en la paulatina, en la minuciosa creación de los personajes. Al hablar de ellos, en entrevista con Emmanuel Carballo, Agustín Yáñez afirma que una de las principales obligaciones del autor reside en respetar la libertad y el destino de sus criaturas. Y sucede entonces el encuentro de Victoria y Gabriel, el tañedor del templo. Ella, “la Señora”. Él, uno de los pequeños seres de la tierra, para decirlo con palabras de Marina Tsvietáieva. Se vieron cuatro veces. Y esas cuatro ocasiones bastaron para cambiarles la vida. Apenas se hablaron: unas frases de ella, monosílabos de él. El primero de estos encuentros puede sumariamente definirse como una aparición o, mejor dicho, como una anunciación. “¿Quién era el arcángel o el hombre capaz de convertir tristes campanas en instrumento de música inaudita?” —se pregunta Victoria. Sin saberlo, Gabriel tañe las campanas para convocar su presencia, la Presencia. “Era la primera hora de la tarde” cuando Victoria se abandona al llamado y sube por la escalera de caracol que conduce al campanario, era la fatalidad misma quien la empujaba. “¿Cómo iba a entrar! —escribe Yáñez—. Pero ya la

serpiente de piedra bruñida por manos de años la ceñía sin dejarle luz, la empujaba escalones arriba en la oscuridad”. Como si la creación entera confabulase para conducirla al sitio en que ella misma, luego de un veloz rito de paso, luego de una muerte simbólica, travesía en la oscuridad hasta la luz, habría de convertirse en anunciadora. “Un relámpago, una descarga del cielo a los pies de Gabriel no hubieran sido como aquella presencia”, afirma. Anunciación de papeles intercambiables. En un libro inquietante, *El ángel necesario*, Massimo Cacciari anima la hipótesis de que es en realidad María quien dicta al arcángel las palabras de la Anunciación, pues Gabriel, tras la vorágine de su descenso, ha perdido la memoria y sólo puede mostrarse como instantánea reflexión de la luz que está destinado a celebrar. En todo caso, este primer encuentro es para ambos una muerte pequeña, un reconocimiento, o mejor dicho, una revelación de su propio ser, un aviso del ineludible destino que les aguarda. Leamos un fragmento de este pasaje capital:

Esto es la inocencia en varón. Desconocido e inverosímil espectáculo. Avasallador—podía pensar Victoria.

—*Esto es haber, en fin, conocido el tremendo misterio, sospechado apenas, de la mujer*—podía pensar el mozo.

De siempre me hablaron las campanas por él.

Ya la oía, esperándola, en el tañido que nunca pude arrancar a las campanas.

—Es lo imposible—podía gemir la dama.

Y Gabriel: *Es la muerte, la muerte que llega.*

Victoria —mujer, diosa y estatua—; Gabriel —arcángel—; permanecían inmóviles en el centro de sus torbellinos; temerosos, a una, sin pensarlo, de rozarse y fundir en uno los dos vértigos, el nacimiento de dos inéditas emociones, inverosímiles hasta esa hora.

No llegan a tocarse. La prosa los dibuja, con arrebatada precisión, en el límite de sus posibilidades. Victoria-Diótima-María tiende la mano. Gabriel-arcángel-tañedor la rechaza. Hay en ambos la súbita revelación de lo real, de lo *real absoluto* como quería Novalis, que los comprende y los rebasa. Es cima y abismo, una latitud del Ser en esta tierra que a Agustín Yáñez le fue dado entrever y plasmar con las más peligrosas y temidas formas del lenguaje humano. **u**



Méndez
1950

Leopoldo Méndez, *Un día de vida*, 1950